

# LA FAMILIA

LA NAVIDAD COMO DESTRUCCIÓN, COMO NIHILISMO O COMO REGENERACIÓN. POR EL AUTOR DE 'NOCILLA LAB'

TEXTO AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO ILUSTRACIONES MIGUEL CERRO



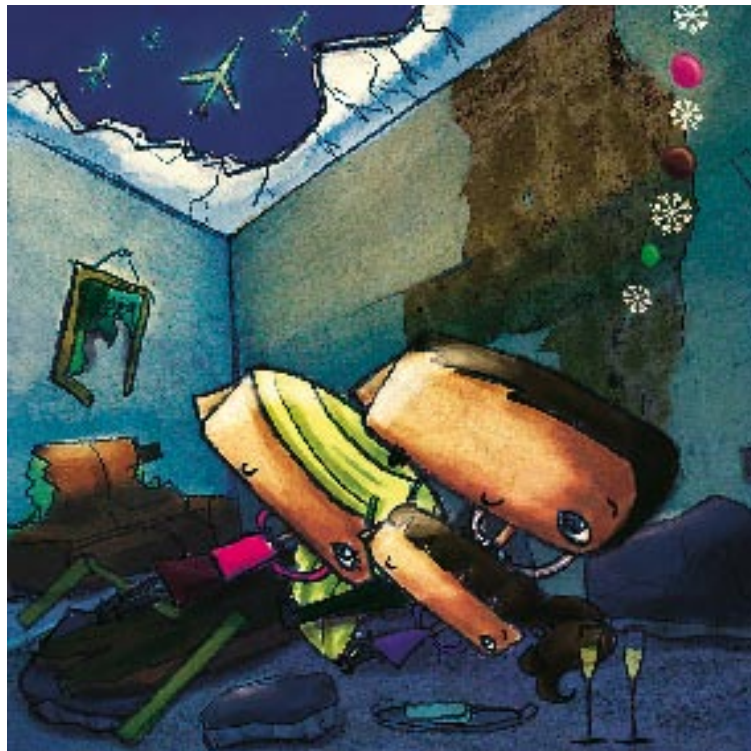
**C**erró la puerta del despacho, le deseó buen fin de semana a la secretaria, arrancó el automóvil y antes llegar a su casa pasó por la ferretería industrial, al final del polígono. Allí compró 3 martillos, 3 mazas de cabeza cuadrada, 3 mazas de cabeza en punta, 3 hachas, 3 pares de tijeras de sastre, 3 pares de guantes, 3 pares de botas de trabajo y 1 sierra mecánica Husqvarna. Lo metió todo en el maletero del Ford Focus y cruzó La Castellana en dirección a La Moraleja, a la que llegó a las tres de la tarde. En los otros chalets se sucedían escenas de 24 de diciembre: niños patinaban en una piscina helada, hombres montaban el árbol de plástico en el jardín, madres precocinaban cenas, solteros esperaban la llegada de amigos, él metió el coche en el garaje, marcha atrás, y su hija, 9 años, salió y le abrazó, y le dijo: "Papá, recuerda que me has prometido un árbol de Navidad", a lo que él asintió. La mujer, 38 años de edad, continuó ultimando detalles. La niña regresó a dar de comer a los peces, que nadaban en una pecera que ocupaba toda la pared del salón.

La comida estuvo lista a las 3 y media. Hubo fiambres raros que ella había comprado en El Corte Inglés, moluscos crudos y champán francés. Masticaron en silencio, pero con alegría. Una vez terminada la comida, pasaron directamente al sofá y vieron en DVD la película *El séptimo continente*, de Michael Haneke. Aún no habían terminado los créditos finales cuan-

## *En pocas horas todo está demolido. Doce de la noche. Noche fresca. Tumbados sobre los escombros, en silencio, observan el cielo*

do el padre se levantó para ir al garaje. Regresó con las herramientas. Se calzaron las botas, los guantes, echaron gasolina a la sierra mecánica Husqvarna, bajaron las persianas y cerraron la puerta delantera y trasera con llave. Madre e hija comenzaron con las tijeras de sastre: cada una en su armario, fueron cortando la ropa hasta hacer con cada prenda trozos no más grandes que la palma de una mano. Él empezó con el martillo, aporreó cuadros, objetos decorativos, trocó también su ropa. Con la maza de cabeza cuadrada rompió primero los muebles pequeños, los cajones temblaban y se abrían solos.

Para los muebles grandes, como la biblioteca o la cama, utilizó la Husqvarna. Fue haciendo con todo piezas pequeñas, que dejaba en el suelo, la madre destrozó el cuarto de la hija, a golpes, con las tijeras rajó el colchón, que vació de muelles y espuma, la pequeña golpeó todas sus muñecas con el martillo, las piernas, la cabeza, rasgó todos sus libros de texto y sus dibujos, el padre puso en bloques los libros de la biblioteca y los cortó con la Husqvarna en 4 partes [se desmoronaban como edificios mal dinamitados], iban rápido, muy rápido, la madre rompió todos los LPs, los doblaba y crujían, con los CDs utilizó la maza de cabeza de pico, lo mismo que con el aparato de música, y la tele, de la que salió un polvo amarillento cuando golpeó la pantalla con todas sus fuerzas. La hija comenzó a desgarrar butacas y sofás, se le unió la madre, el padre remataba con la Husqvarna, después destrozaron la cocina [vajilla de boda



y bol preferido de la niña, incluidos], el padre entonces se detuvo, miró durante unos segundos la pecera que ocupaba la pared del salón, tomó carrera y golpeó el cristal con la parte roma del hacha, la presión lanzó un chorro de agua que los derribó a todos, la niña pegó un grito, los peces, de gran tamaño, se retorcieron sobre los escombros de un escenario ya irreconocible. Lo penúltimo fueron las toallas, cepillos de dientes, papel higiénico, bañera, y todo lo referente al cuarto baño. Lo último, lo más abstracto, el dinero, que extrajeron de la caja fuerte y rasgaron a mano, billete a billete. Toda la operación duró unas 6 horas. Entonces descansaron.

Habían reservado un poco de fiambre, agua y champán. El padre no dudaba de su propia fortaleza, pero sí de la de su familia. Aún no eran las siete de la tarde cuando cenaron

sentados en los destrozos. La niña, leche. Apoyados los unos en los otros, se quedaron dormidos.

El padre se despierta, las nueve de la noche; espabila a la madre. La hija, nada más abrir los ojos, pide cereales con leche. Los cereales los rompimos, y es la última leche que te queda, hay que atenerse al plan establecido, le dice el padre. A última hora hay un cambio de táctica: tenían pensado comenzar por los cimientos pero deciden que será más fácil golpear de arriba abajo. Suben al segundo piso y comienzan desde dentro: el tejado. La niña se aparta, los tochos van cayen-

do como trozos de un avispero viejo, los vecinos observan, entienden que están en obras, pero no son horas. Una vez el tejado está resuelto, se aplican a las paredes de la planta baja, siempre desde dentro, en tanto no toquen los pilares, están a salvo de desprendimientos. Algún vecino se acerca, sin terminar de entender observa con una linterna; las farolas de la carretera iluminan el resto. Padre, madre e hija no descansan. En pocas horas todo está demolido. Doce de la noche. Noche fresca. Tumbados sobre los escombros, en silencio, observan el cielo. Las manos apoyadas en la nuca, trozos de turrón en una bandeja, 2 copas de champán y un vaso de leche sobre el césped. "Mirad -dice la hija-, mirad cuántos aviones surcan el cielo, es la noche que más aviones surcan el cielo, son árboles de Navidad". "Tenías razón, hija. Es hermoso", dice el padre mientras apoya la copa sobre el labio inferior, ligeramente ensangrentado. **COM**